



LOS JUDAS EN LA SIERRA ONUBENSE

María de la Natividad Rodríguez Losa
Manuel Losado Gómez

Los Judas en la Sierra Onubense: la fiesta en permanente cambio. Esta breve comunicación pretende atraer la atención tanto de las autoridades, como de los especialistas, como de nuestros conciudadanos sobre un tipo de fiestas, llamémosle breves, cuya pujanza comienza a perderse en algunos sitios y que estimamos deberían conservarse como parte de nuestro acervo patrimonial en pie de igualdad con otras grandes expresiones más susceptibles de obtener valor turístico o folklórico. No hemos llevado a cabo para ello una investigación científica exhaustiva. Nos hemos limitado a cursar unas visitas a poblaciones de la Sierra de Huelva para recoger testimonios acerca de la fiesta de los Judas, como inicio de un posible rastreo más profundo dedicado a indagar la suerte corrida por una serie de celebraciones aparentemente de escaso calado, abundantes por estas tierras hasta hace relativamente pocos años pero hoy por hoy en trance de desaparecer.

Fiesta, ceremonia, rito... los Judas son sin lugar a dudas una de las manifestaciones populares más extendidas no sólo de esta Sierra de Huelva sino en toda Andalucía, pero su distribución irregular y su carácter de evento menor inscrito en otras fiestas más trascendentes hacen que el conocimiento que de ellas se tiene sea ciertamente limitado. En los últimos años puede contemplarse en algunos lugares una cierta revitalización debida al impulso de las distintas instituciones públicas en las áreas de cultura y patrimonio, pero -como ya hemos adelantado- buena parte de ellas comienza a perderse incluso de la memoria de los vivos.



Con el pequeño estudio realizado, apenas una prospección, hemos querido ejemplificar sucintamente el complejo entramado simbólico a través del que se expresaba y se expresa la vida en nuestros pueblos: los Judas son solo una parte. Podríamos evocar otros hitos no menos sugerentes: las hogueras del San Miguel, el juego de las caras, las bramaderas, las cencerradas, fiestas de quintos, fiesta de los jarritas... todos formaron alguna vez parte de las claves a través de las que los sujetos entraban en relación unos con otros y daban cuerpo a una sociedad.

Lo que de popular, y por ende lo que de patrimonial, existe en las manifestaciones festivas o rituales no reside ni en su capacidad para la convocatoria masiva ni en su más que teórica potencialidad para conservarse intactas a través de los años. Bien al contrario, desde la antropología dice que la fiesta es, en puridad, un evento cambiante, reflejo de una multitud de condiciones de todo tipo y metáfora de las variaciones que sufre la sociedad. Sin menoscabo del significado y el valor patrimonial que tienen los vestigios materiales o los procesos de trabajo, es en la fiesta y en los contextos de sociabilidad abiertos al cambio donde los especialistas encontramos nuestros más fértiles observatorios de la vida social. Una fiesta no es, como podría colegirse, un tiempo aparte, un instante de alienación o irrealidad, sino una condensación y un refuerzo de lo cotidiano y por ello un momento especialmente óptimo para conocer a pan pueblo. Por ello, por muy insignificante y fugaz que parezca, un momento festivo como el de los Judas, y como el de esos otros que hemos nombrado, deben merecer nuestra atención.

Conocemos fiestas de los Judas a todo lo largo de la geografía andaluza, en España e incluso en Hispanoamérica. Significativamente su momento de celebración oscila entre dos fechas: la mañana del domingo de resurrección, como es el caso de los lugares estudiados en la Sierra de Huelva, y la noche de San Juan (entre los días 24 al 25 de junio), que se da mayoritariamente en la zona oriental costera de Andalucía aunque con ejemplos occidentales, como los de Lebrija o Ronda. Aunque como toda tradición, los Judas hayan sufrido notables modificaciones a lo largo de la historia, el eje de la fiesta se atiene siempre a un mismo argumento: (a destrucción pública e ignominiosa (nos cuentan que, en años anteriores,



incluso se les colmaba de impropiedades) de un pelele o muñeco hecho a base de embutir paja, papel, cartón, trapo o virutas en unas ropas viejas de varón adulto. En las poblaciones serranas onubenses donde aun tiene lugar, la costumbre era y es elaborar no uno, sino varios de ellos por diferentes grupos de vecinos. Cada Judas es colgado entre dos fachadas en una calle en su destrucción participan no sólo quienes lo han elaborado sino prácticamente todo vecino que quiera acercarse. El éxito del Judas se mide por su resistencia, por el tiempo que soporte los embites de los vecinos: cuanto mayor sea su aguante más se dilata el disfrute de los participantes. El rol de los géneros, las edades y quizás la condición social quedaba también remarcado con más o menos rotundidad en esta fiesta. Eran las mujeres las encargadas de fabricar los judas y los hombres, en principio, quienes iniciaban la ceremonia, que importaba el empleo del fuego o la munición de caza, cosa que sólo se estimaba propia de varones adultos y cabales. Los más jóvenes, cuando el Judas yacía ya muerto en el suelo de la calle, se encargaban de finiquitar al muñeco y esparcir sus restos.

Este podría ser sucintamente el sustrato común. En la práctica, cada uno de los contextos sociales en los que tiene lugar este rito va a introducir modificaciones, de tal forma que puede afirmarse que no hay dos fiestas de Judas iguales. En Hinojales y Cumbres Mayores, poblaciones que apenas distan una decena de kilómetros, a los Judas se los mataba a tiros de escopeta. Sin embargo, existen notables diferencias. En la primera localidad a los muñecos se les introducía en el relleno un recipiente metálico con gasolina. De esa suerte se pretendía que alguno de los disparos llegase a prender el líquido, con lo que la expectación se extendía mayor tiempo y la emoción era mayor. Sin embargo, los más viejos de Cumbres Mayores no recuerdan que sus Judas ardiesen alguna vez. En esta población, el empleo de armas de fuego fue paulatinamente cediendo el paso a otras formas de destrucción colectiva y, en la actualidad, grupos de jóvenes se encaraman unos encima de otros formando verdaderas torres humanas para alcanzar a los peleles, que son arrancados con más o menos dificultad de los cables que los sujetan, arrojados al suelo y despedazados. En Hinojales la celebración ha desaparecido, a decir de sus vecinos, por el riesgo que entrañaba realizarla en la forma descrita pese a que, por precaución, los Judas eran colocados siempre en zonas periféricas. La pre-



tensión municipal de recobrarla según criterios de mayor seguridad no ha sido secundada por el pueblo.

En Cumbres Mayores, la destrucción de los Judas se llevó a cabo en otra época el Sábado de Gloria y no el Domingo de Resurrección, a continuación de otra ceremonia, actualmente en desuso, que tenía lugar dentro de la iglesia: el desvelamiento de la figura del Cristo Resucitado que marca el inicio de la Pascua. Se dice que en ese momento se rompía el silencio de los feligreses dentro del templo y que los mozos se subían a un arca grande que había en la sacristía gritando y pataleando. Cuando comenzó a procesionar la imagen del Resucitado, la fiesta de los Judas se postergó hasta el domingo a mediodía. Este hecho nos informa claramente del simbolismo de la celebración que estudiamos. Pese a que la fiesta no coincida con el episodio que relata el Evangelio (Judas se suicida cuando conoce la condena de Jesús y no cuando Jesús muere), la muerte de Judas es tenida como el verdadero punto final del período de continencia que implica la serrana de pasión y así se quiso que se conservara.

Este es sólo un ejemplo de la capacidad popular a la hora de modificar las ceremonias festivas, para negociar su distribución a lo largo del calendario y mantener así su significado y su contenido por encima incluso de intereses oficiales.

Pese a su evocación de un pasme evangélico, el origen de la fiesta de los Judas debe ubicarse cronológica y culturalmente en ámbitos precristianos. En otros lugares y otras épocas no han sido raros los sacrificios humanos o animales, reales o simbólicos, o el ofrecimiento de votos compartido por toda una comunidad y repetidos cíclicamente para marcar el principio el fin de un tiempo. En resumidas cuentas, la función de esos ritos era doble: celebrar que un período se terminaba y hacer propicio lo por venir, el futuro siempre incierto, alejando aquello que se consideraba pernicioso y, de alguna manera, comenzando de cero. La presencia del fuego en estos ritos, uno de los elementos purificadores por excelencia, se explica en ese sentido.



Entre los cristianos, la cualidad de lo malo se encarna fácilmente en la persona de Judas, que comete el pecado terrible de vender a Cristo habiendo sido uno de sus discípulos. Judas, siendo el malo, es una figura no obstante ambigua y necesaria. Es el reverso de Cristo en esta fiesta, ya que cuando Judas muere, Él resucita. Judas forma parte del nosotros, es un discípulo pero es a la vez un extraño, un ser diferente. No se elige como objeto de escarnio ni a Pilatos, ni a Herodes, ni a Caifás, más activos en la muerte de Jesús, pero más poderosos. La muerte colectiva del judas no es una revolución ni una inversión de papeles, (como sucede por ejemplo en el carnaval) no sugiere una ruptura de las reglas de lo cotidiano sino que proclama su validez. El chivo expiatorio tiene que ser no un extranjero, no un poderoso, sino un personaje cercano, conocido de todos y por eso accesible a las iras del pueblo. En un primer nivel de interpretación, la fiesta de los Judas es un linchamiento, la demostración de la cohesión interna frente a lo transgresivo, la causa común frente a lo tenido por pernicioso. Todo lo malo pasado y el mal por venir quedan condensados en esa figura anónima (es un hombre cualquiera, vestido como un hombre cualquiera; no se fabrica un Judas vestido con la moda galilea del siglo primero.) Con su muerte simbólica se espera tanto purificarse de lo pasado como mejorar el futuro, un futuro que se encarna no por casualidad en el Cristo resucitado.

Con todo, lo que hemos de resaltar como aspecto más interesante para nosotros los especialistas son las posibilidades de apertura al cambio que ofrece esta fiesta. En los últimos tiempos, los Judas de Cumbres Mayores se han carnavalizado en un sentido. Hemos dicho que la figura del Judas era una entidad anónima y quizás anodina, pero esta tendencia ha comenzado a trocarse. Hemos tenido la ocasión de asistir en pocos años a la llegada de nuevas modalidades figurativas de Judas que hacen de algunos episodios de la actualidad su foco de atención. Desde los ínclitos famosos los derroteros del mundo del deporte, lo cierto es que la fiesta se ha reactualizado dejando de lado las referencias evangélicas y ha optado por la caricatura. Esto, que a muchos puristas del folklore podría suponer una piedra de escándalo, abona nuestra tesis sobre la riqueza que imprime a la fiesta la posibilidad de ser manejada por los propios participantes sirviendo a criterios ajenos. En el fondo, el sentido primigenio de la Fiesta -la reafirmación de los valores propios a través de la crítica- y su función de sociabilidad



quedan indemnes. Si acaso se introduce un elemento nuevo es el posible «pique» entre forofos de distintos clubes de fútbol, pero ello en nada desdice lo anterior. La fiesta de Judas en Cumbres Mayores sigue poniendo de manifiesto la pujanza de esta población y augura un futuro propicio para la continuidad de sus ciclos festivos.

